

Poetas nuevos y viejos, pequeños y grandes todos se retrajeron de esparcir tiernas flores sobre la solitaria sepultura, recién abierta allí donde se cruzaban la calle de las Huertas y la del Oratorio, en el compás de San Sebastián, para recoger los despojos mortales del soberano ingenio, que en nuestro suelo había fundado la comedia doctrinal y de caracteres morales.

Nadie, hacia tiempo, se curaba ya de estudiar las joyas del primitivo teatro español, tan ingenuo y sencillo en la infancia, tan verdadero y expresivo en su mocedad, como hijo espontáneo de la naturaleza y de la tradición griega y latina. Habíase ALARCON formado en la antigua escuela, robusteciéndose después con el estudio de Plauto y de Terencio; y al sentir varonil su estro, se creyó tan autorizado como Lope, y con igual derecho que él para empujar á nuevo rumbo la dramática escena.

Lope de Vega Carpio, el poeta más fecundo y más general que registran los anales del universo, poseyó el arte de convertir en ingeniosa y entretenida comedia cualquier ordinario y trivial acontecimiento de la vida; y tuvo sagacidad bastante para beneficiar hábilmente en provecho de su fama las voluptuosas inclinaciones de los cortesanos, con la tierna pintura de la mujer apasionada, de su dulce tiranía, de sus caprichos

enloquecedores. Hombre práctico y afortunadísimo en toda clase de amorosos galanteos, supo arrebatarse su secreto al humano corazón, y hacerse dueño y absoluto señor de la escena española, avasallando todas las voluntades. Fué como impetuoso torrente que de sierra asperísima se derrumba, cubre los llanos y trastorna los huertos y plantíos, y convierte en otra la comarca; porque horró hasta el recuerdo del teatro que le había precedido. Con esto, al presentarse D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA demandando más bien una limosna que el laurel de Talía, recibieronle todos como á rara ave, mofándose de sus corcovas y de sus escritos; y aquella primera impresión que produjo no se desvaneció jamás, pues los envidiosos de su talento, por lo que en ello les iba, cuidaron de avivar á cada hora la zamba y cantaleta.

No faltó, sin embargo, quien apreciara la profundidad de sus sentencias, su erudición y el noble temple de su alma. Si le rodeaban en 1623 no pocos amigos y camaradas, poetas *de cordelejo*, que hacían ostentación de burlarse de él, y dándole la mano le vendían en volviéndole la espalda, otros pretendieron con afán la honra de que los celebrase; y no faltó quien por su ciencia y letras le llevara á un tribunal supremo.

Nadie de los contemporáneos supo avalorar,

seguramente, ni poner en su punto la intencion moral con que trazó los argumentos y delineó los caractéres de sus comedias, más atento á la enseñanza que al deleite del público; más al provecho ajeno que al propio. Nadie de su siglo quiso hacer plena justicia al conjunto de las prendas todas de su ingenio, contentándose con alabar éste la una, y aquel la otra; en pocas lineas, porque basta una breve inscripcion al mérito verdadero y modesto.

El zoilo Espinel, léjos de atreverse á morderle; hallaba en 1622 «muy gentil estilo, conceptos honestos y agudos en las comedias de DON JUAN DE ALARCON.» Mira de Amescua reconocia gustoso en ellas «mucha doctrina moral y politica, digna del ingenio y letras de su autor.» Don Fernando de Vera y Mendoza, en su *Panegyrico por la Poesía* (1621-1627), no acertaba á exprimir con mayor ponderacion la alabanza, sino llamando á D. JUAN «el crédito de México.» Y cuando vuelve sobre sí Lope de Vega en 1628, y, con el elogio de todos los poetas en su *Laurel de Apolo*, trata de restituir á los que irritaron sus celos invencibles la parte de gloria por él menoscabada, contempla el dulce ingenio del mexicano, aspirando al generoso, al divino laurel que habia de ceñir su frente, y consiguiéndolo por el firme animoso empuje de su corazon, más

impetuoso y fuerte cuanto que se veía más comprimido en muy estrecho vaso.

En México la Fama,
Que, como el sol, descubre cuanto mira,
A DON JUAN DE ALARCON halló, que aspira
Con dulce ingenio á la divina rama,
La máxima cumplida
De lo que puede la virtud unida.

La máxima de que en la union está la fuerza, arranca del libro del Ecclesiastés: *Funiculus triplex difficile rumpitur.* Su moderna fórmula de *Virtus unita fortior est se ipsa dispersa*, pertenece á Erasmo; quien para ella no olvidó tampoco, además, aquel apólogo de Fedro, en que un labrador consiguió que sus discolos hijos, dejadas rencillas y divisiones, se unan y protejan mutuamente. Los belgas la tomaron por lema de sus blasones, traducida así: *L'union fait la force.* Y su aplicacion á que la energía, el valor, el ánimo, arrojo y pujanza (eso quiere decir *virtus*) crecen en el pequeño cuerpo con doblado vigor que en el grande, se debe á los españoles, pequeños en estatura y de gigante esfuerzo, que peleaban con briareos en las naves de la encizañadora Albion, ó del inclemente bá-tavo, ó á las orillas del Escalda y en las regiones del Danubio. Pero más que el apotegma latino

de Erasmo, sirvieron á Lope de Vega para el final de su sextina las palabras del maldiciente Figueroa, cuando maltrató á RUIZ DE ALARCON, sosteniendo que nada tenia que ver con los hombres lilliputienses y ridículos corcovados el brocardico famoso de que «*La virtud unida es más fuerte que la dilatada.*» Reconócese la nobleza de Lope en cerrar con esta máxima el elogio, estimándole el mayor posible, cuando de ella se valió el mordicante para el desprecio y la burla.

Vino como siempre á seguir las huellas de Lope su discípulo el doctor Juan Pérez de Montalban; que al formar en 1632, por remate de su *Para todos*, una *Memoria de los que escriben comedias en Castilla solamente*, encuentra en las de DON JUAN algo que le atrae y seduce, algo que no ha visto en otra parte. Adelántase, pues, á reconocer y confesar cómo «*las dispone con tal novedad, ingenio y extrañeza, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender: que despues de haberse escrito tanto, es gran muestra de su caudal fertilísimo.*»

Al año siguiente, Crisóstomo Bonamie las califica de «*lectura apacible y agradable, curiosa y de mucho ingenio; cuyo estilo es subido y elegante; y su lenguaje casto, puro y discreto.*» Y el agustino Osorio encarece del autor «*la erudi-*

cion y curiosidad, el buen ingenio y virtuoso ejercicio, tan digno de un caballero; porque la comedia ha de ser espejo de la vida humana, aviso para bien vivir, y ocupacion que haga pared á los vicios.»

Pedro Corneille no vacila en declarar que daría porque fuera suya *La Verdad sospechosa*, dos de sus mejores comedias: dice ser ingeniosísima, y que no conoce nada en castellano que tanto le agrade, «*bien que en su género nada hay comparable con ella en antiguos ni modernos escritores.*»

Por último, Fabio Franchi deseaba en 1636 que DON JUAN escribiese muchas comedias como *La Verdad sospechosa* y *El Exámen de maridos*, «*en la cual se examinó de doctísimo artifice; pues no habrá otro mejor en el teatro, como haga que algunos de sus segundos actos acaben con más vigor su carrera.*»

¡Oh, si además de su intencion filosófica y del sumo arte que oportunamente le reconoce el italiano, hubiera poseido el felicísimo de pintar en la mujer la genial ternura y rendimiento de las que bosquejó Lope; el desenvuelto corazon y travesura de las de Tirso; la altiva nobleza é impetuoso ánimo de las que fantaseó Calderon; la poética ingenuidad y donosura en las de Rojas! Por lo general, valen más que las mujeres los

hombres de ALARCON (bien que con excepciones admirables); porque, segun observa el ilustre académico tan benemérito del poeta, para retratar al grande y virtuoso «no necesitaba ir léjos á buscar el dechado; con escribir como pensaba, tenía bastante.»

Aquellos anteriores juicios, tan exactos y desapasionados, apénas entónces hallaron eco. Pero si fué grande la injusticia y el desdén, grande ha sido al fin la reparacion, despues que insignes críticos de nuestros dias consagraron todo su saber y toda su autoridad á realzar, extender y avalorar el mérito del inmortal dramaturgo, logrando que la ibérica escena emprenda con entusiasmo el benéfico rumbo á que en vano quiso impulsarla.

Aquella edad solo buscaba la embriaguez y hechizo del color en el teatro y en la pintura, en Calderon y en Murillo; aprobó la expresion y el dibujo en ALARCON y Alonso Cano, pero como por cortesia, dando la preferencia á quien le velaba mágicamente las líneas y contornos de las figuras y su expresion natural, y pareciéndole vulgar y recortado otro cualquier sistema. No supo conocer que en la fecunda trinidad del dibujo, expresion y colorido, juntos en estrechísimo lazo, está el sumo valor y mayor belleza de la fábula dramática.

Preguntado Tales Milesio quién era el sabio, respondió que el Tiempo. El tiempo únicamente podia descubrir el tesoro de enseñanza literaria y deleite verdadero que encierran las comedias de DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA; y solo el tiempo ha podido decirnos: «Éste es por quien enmudecia Apolo y se cubria de flores el docto y sagrado Parnaso; éste es aquel por quien el laurel que se retrata en las claras ondas de Helicon desgajaba sus verdes ramos para coronar el canto y melodía del menospreciado cisne; y éste, en fin, el esclarecido hijo de Talía, el buen hijo, y á quien quiso más, porque fué el ménos venturoso.»

FIN.